

Estratos del pasado en el desierto de Atacama. Entrevista a Lautaro Núñez

Strata of the past in the Atacama desert. Interview with Lautaro Núñez

Pablo Aravena Núñez¹

RESUMEN

Durante los meses de diciembre de 2020 y enero de 2021, se realizó la presente entrevista, vía correo electrónico, con el arqueólogo Lautaro Núñez, cuya larga trayectoria es ya parte de la historia de la arqueología del Norte Grande y de la historiografía nacional. La entrevista fue estructurada con el objetivo de dar cuenta de la variedad de intereses a los que se ha dedicado, propiciando una profundización de los temas y problemas que más lo han movido a la reflexión sobre su quehacer y en particular sobre su propio oficio en el sentido más amplio: como alguien dedicado a indagar en el pasado. En este sentido propone una estructura de cuatro estratos temporales que lo han ocupado en distintos momentos de su trayectoria, cuyas referencias cruzadas y relaciones van configurando el sentido del estudio del pasado del desierto de Atacama.

Palabras Clave: Arqueología, Desierto de Atacama, Historiografía, Memoria.

ABSTRACT

During the months of December 2020 and January 2021, this interview was conducted via email with the archaeologist Lautaro Núñez, whose long career is already part of the history of the archeology of the Norte Grande and of national historiography. The interview was structured in order to give an account of the variety of interests to which he has dedicated himself, fostering a deepening of the issues and problems that have most moved him to reflect on his work and in particular on his own job in the broader sense: as someone dedicated to delving into the past. In this sense, it proposes a structure of four temporal strata that have occupied it at different moments in its trajectory, whose cross references and relationships are shaping the sense of the study of the past of the Atacama desert.

Keywords: Archeology, Atacama Desert, Historiography, Memory.

¹ Instituto de Historia y Ciencias Sociales, Universidad de Valparaíso. E-mail: pablo.aravena@uv.cl

Pablo Aravena: *Su trabajo en el Norte Grande ha pasado por una diversidad de aspectos (que espero toquemos en esta entrevista), en un arco temporal que va desde tiempos prehispánicos hasta la historia del tiempo presente. No obstante, como es ampliamente conocido, su quehacer investigativo se ha centrado en ese pasado más remoto, particularmente en el estudio de la interacción entre las comunidades humanas del desierto de Atacama. ¿Cuáles cree usted que han sido sus principales hallazgos en este campo?*

Lautaro Núñez: Cuando inicié mis investigaciones arqueológicas, en 1963,² no existía una secuencia clara, ni aun dataciones radiocarbónicas, de las poblaciones que habitaron este desierto. Los estudios pioneros nos indicaban que habían existido asentamientos complejos dedicados a la agricultura, pastoralismo, pesquerías y que culturas tan importantes del mundo andino, como los Tiwanaku e Inkas, alcanzaron estos parajes. La propia arquitectura de estos últimos siglos prehispánicos daba cuenta de aldeas y obras defensivas junto a formas de vida y contextos culturales y tecnológicos que llamaron más la atención de los colonizadores españoles que del posterior Estado chileno.

Desde estos inicios, al excavar algunos de estos sitios, no cabía duda que buena parte del desierto más extremo había sido ocupado a través de actos y gestas que dieron lugar a nuestros pueblos originarios en un espacio tan diferente al resto del país. Estaba en eso cuando, desde mi temprana relación interdisciplinaria, tratando de imaginarme cómo fue el escenario antes de la prehistoria más reciente, orienté mis prospecciones hacia espacios con paleorecursos, tal como ya ocurría en otras regiones andinas. Trataba de identificar agrupaciones más arcaicas, cazadoras-recolectoras, que a través de sus antiguos desplazamientos nómades y trashumánticos pudieran haberse localizado donde hubiese sido posible la vida de una manera muy distinta a como solemos entenderla. Y fue posible ubicar sus campamentos con materiales líticos anteriores a los 9.000 - 10.000 años A.P., en espacios con fauna, canteras, paleovertientes, tempranos lagos -hoy salares y desagües- en Soronal, Pisagua Viejo, Tiliviche, Talabre, Tulán, Puripica, Tambillo y otros. Estos sitios nos enseñaron que habían existido antiguos paisajes con recursos capaces de detener el movimiento de grupos humanos y fijarlos donde la tierra y el mar ofrecían alimentos suficientes. Estas decisiones debieron ser tan trascendentes que ameritaban más investigación.

Hoy podemos indicar a partir del estudio de otros sitios, aun anteriores a los 13.000 años A.P., que hubo grupos humanos cuyas respuestas hicieron posibles los inicios de la domesticación del desierto, lo que ha tomado el mayor tiempo de mis investigaciones a través de la circunpuna y enclaves tarapaqueños. Sus herencias explican los trascendentales cambios que ocurrieron posteriormente. Saber cómo los primeros grupos humanos transitaron y crearon aquí la habitabilidad del desierto de Atacama, es y será un tema fascinante.

P.A.: *Más allá de estos hallazgos, en términos más generales. ¿Cuál cree usted que es el sentido del estudio del pasado del desierto y el altiplano?*

L.N.: No es fácil determinar "el sentido de" las investigaciones sobre la presencia de los primeros grupos humanos en estas regiones. El solo hecho de hacerla habitable y con ello iniciar

² Se puede acceder a un detallado listado de publicaciones del entrevistado, desde 1961, en el sitio web de la Universidad Católica del Norte referido en la bibliografía.

el arraigo fundacional merece ser rescatado del ocultamiento que trajo consigo el mal llamado “descubrimiento” de América, que es más bien un encubrimiento.

Para acoger estos sentidos del pasado los arqueólogos encontramos límites para comprender hechos memorables, que merecen reconstituciones sólidas y que den cuenta de toda su complejidad. No conversamos con esa humanidad pasada, tampoco escribieron sus relatos, nunca los vimos, pero sus vestigios materiales domésticos y monumentales, sus logros productivos, herencias lingüísticas, aportes tecnológicos y culturales, sus obras manuales sofisticadas y aun sus cosmovisiones e idearios derivados de sus legados tangibles, nos han permitido conocerlos y ahora hilar más fino con técnicas de disciplinas, ya no complementarias sino centrales y decisivas, como los análisis de ADN, isotópicos, bioantropológicos, polínicos y geológicos, entre otras.

Sin embargo, cuando entramos a un museo nos queda esa sensación de que allí hay conjuntos culturales creativos de alta valoración que nos asombran, pero que a su vez marcan los límites de nuestras investigaciones, porque aspiramos a más... Nos sugieren respuestas culturales muy complejas, desdibujando esas primeras impresiones heredadas del siglo XIX, bajo el predominio colonialista, acerca de que eran obras “primitivas”. Desde nuestras tácticas arqueológicas sabemos poco de la intimidad de estos antiguos creadores y sus acciones, a diferencia de las ricas fuentes de los historiadores, antropólogos y etnólogos. Cuestiones tan trascendentales como: ¿Cuál fue el ideario que los condujo al mundo agrario? ¿Por qué llegaron también a fundir los metales? ¿Qué pensaban cuando uno de ellos mostraba los logros de una invención tecnológica, como aquello de navegar en balsas inflables, o cruzar mucho antes que nosotros el desierto más extremo del continente con caravanas de llamas?

Por todo lo anterior mantengo un “sentido” algo oculto que me ha perseguido por largo tiempo. He tratado de buscar las continuidades entre eso llamado “pre-historia” con la historia (con el permiso de Clio). Pues todo lo sucedido antes del siglo XVI que fui descubriendo no calzaba con aquellos aportes de los investigadores conservadores que practicaban la historia como un instrumento al servicio de las elites durante la fase embrionaria del Estado. Esto explica que se haya celebrado el bicentenario del país como si en solo doscientos años se hubiese alzado todo aquellos que nos rodea. ¿Acaso los trescientos años de dominio colonial no fue también parte sustancial del nacimiento de este joven Estado Nacional? ¿Acaso los 13.000 años de vida originaria prehispánica no fue suficiente para entregarnos una región domesticada y con una gran diversidad de pensamientos y obras de grupos étnicos repartidos desde el desierto hasta las tierras subantárticas, que recién se reconocen como pueblos “originarios”?

Los arqueólogos y científicos sociales, que revelan los acontecimientos y obras humanas desde el pasado remoto hasta hoy con sus métodos propios, nos hacen conscientes del acontecer humano como proceso complejo, de continuidades y cambios, sin “pre”, y nos integran a todos(as) al interior de una larga historia social en plural haciendo frente a cualquier narrativa excluyente.

P.A: *En el documental Nostalgia de la luz, de Patricio Guzmán (2010), usted se ha referido sintéticamente a lo que podríamos llamar diversos “estratos del pasado” que alberga el desierto de Atacama. En este sentido ¿podría referirse ahora a su experiencia con el estudio del pasado más reciente? ¿Qué relación entabla un arqueólogo con la historia presente de Chile “guardada” en el desierto?*

L.N.: Con el documental de Patricio Guzmán vi la oportunidad de acoger los signos de la martirología de cada tiempo. Cuando era estudiante de historia, marcado por mi acercamiento a la arqueología, me permití dos preguntas a mi respetado Prof. Hernán Ramírez: ¿Dónde enterraron a los combatientes mapuches abatidos por la guerra del Estado chileno? ¿Dónde a los acribillados en la escuela Santa María de Iquique? Y no hubo respuesta. Si él no lo sabía tenía entonces la certeza de que se trataba de esos ocultamientos bien guardados. Le dije que deberían ser prospectados y reconocidos como sitios de valoración histórica. A esa edad me preguntaba por qué los arqueólogos no podrían indagar dónde estaban, sondear y excavar científicamente.

Seguía pensando en todo esto cuando los fusilamientos de la dictadura comenzaban a ser identificados en fosas, y a lo largo del país los(as) arqueólogos(as) y bioantropólogos(as) asumían roles protagónicos. Esa antigua pregunta, esta vez para los detenidos desaparecidos, me la hizo replantear este respetado documentalista (o, mejor dicho: un cronista de los imaginarios más trascendentales del país), Patricio Guzmán. En mi dependencia del Instituto, en el mismo San Pedro de Atacama,³ conversamos con esa familiaridad derivada de quienes habíamos compartido idearios universitarios anteriores y posteriores al golpe militar. Admitimos que estas preguntas seguían siendo válidas y que la dictadura, bajo el operativo “retiro de televisores”, una vez que fueron descubiertas las fosas clandestinas, procedió a los desentierros y nuevas formas de desaparición más definitivas. Calama ofrecía una evidente posibilidad para reconstituir visualmente uno de los hechos más crueles que comenzaban peligrosamente a disolverse en la memoria del país.

En el ámbito donde estábamos surgió además la importancia de revelar el mayor campo de concentración de prisioneros localizado en la oficina salitrera Chacabuco, cuyas reducidas habitaciones obreras fueron verdaderas celdas rodeadas de alambres de púas y minas. Cuando hablamos de este tema yo me preguntaba: ¿cuándo el estado democrático pondrá en valor esta arquitectura debidamente restaurada convertida en museo de sitio para nunca olvidar qué sucedió allí? Hacerlo con una valoración dual: proletaria y carcelaria, desde la arqueología, la historia, la arquitectura, la museología, junto a los ex trabajadores y prisioneros, todos inspirados en Miguel Lawner, aquel arquitecto prisionero, que dibujó la planta del campo de Chacabuco en su memoria. ¿Acaso reconstituir sus muros con los nombres de tantos prisioneros no tendría un valor tan universal como aquellos grabados en Pompeya, cada cual en su propio mérito desde este otro pasado?

Es cierto que, en las palabras de Patricio, cuando “se abre la puerta del pasado” para salir de allí se requiere crear conocimientos debidamente transparentes. Pero las mayores restauraciones en Chile se ven en las mansiones de las elites y no entre los cientos de asentamientos mineros abandonados en el desierto. Patricio tuvo la capacidad de ver el desierto pleno de ausencias y, caminándolo juntos, trataba yo de mostrárselo más habitado, con tantos cementerios que no desaparecen y que nos indican que la vida estuvo aquí “viva”, irrefutable y plena. Pero ahora nos enfrentábamos ante la muerte escondida y brutal.

Cuando con Olaf Olmos prospectamos en el campo de Pisagua me acerqué a lo que significa involucrarse en una materia que era por fin una acción que, desde mi juventud, advertía como posible. Sabíamos técnicamente como hacerlo, pero nadie nos dijo durante nuestra formación

³ Actualmente Lautaro Núñez desarrolla sus actividades como académico del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo de la Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

cómo responderíamos al ubicar y excavar a amigos personales ejecutados. Y aun fallar en el intento de encontrarlos y probar posteriormente el lanzamiento de sus cuerpos al mar.

En Calama la reconstrucción de la secuencia de los hechos, con el equipo del Instituto, nos permitió ver a los prisioneros en una foto horas antes de sus muertes, analizamos el espacio de sus fusilamientos y luego el traslado a la fosa clandestina donde fueron trozados y ocultos. Junto con las mujeres familiares que los buscaban, y con la ubicación de leves restos óseos humanos, detectamos la fosa con escasos restos que permitieron probar que allí estuvieron y que fueron extraídos con una máquina excavadora de cinco dientes, hasta la plena evidencia de los uniformes y botines quemados por los ejecutores a causa de su ensangrentado. Las instrucciones del encargado de la "Caravana de la Muerte", el coronel Arellano, fue extraer los cuerpos y trasladarlos hacia un destino hasta ahora incierto. Desde este dolor profundo Patricio tuvo la virtud de transformar esta tragedia en un acto pleno de revelación y valoración universal capaz de ser acogida por espectadores de todo el mundo.

P.A.: ¿Cómo surgió esa estructura estratigráfica del documental, lo de los niveles astronómico, arqueológico, histórico y memorístico? ¿Qué función cree usted que cumple? En la estrategia narrativa del film se persuade al espectador acerca de que dicha estructura es una propiedad objetiva del desierto, no una posible matriz interpretativa. ¿Nos podría decir algo al respecto?

L.N.: Desde su motivación astronómica precoz Patricio trató de describir lo sucedido con los fusilados de Calama. Era la oportunidad para sacar desde nuestras disciplinas una respuesta parecida a la verdad, un acto de desocultar tantos hechos dramáticos que habían ocurrido a lo largo del país. Ya en terreno nos encontramos con las mujeres que los buscaban recorriendo el desierto. Fue emocionante observarlas buscar con las palitas usadas por los arqueólogos y como nos mostraban fragmentos óseos mínimos que, en el caso de Victoria Saavedra, le recordaban cuando le mostraron parte del cráneo de su hermano con un impacto de bala y un tiro "de gracia" por la frente, caído en la fosa excavada durante la extracción con la maquinaria referida... y así, con todo, aceptarlo por fin como un fusilado y no perdido en la inmensidad del desierto. Buscaban a sus seres queridos en trozos o enteros sin claudicar, por tantos años, mientras Patricio establecía esa precisa y metafórica relación entre esta búsqueda y su particular astronomía, que lo conducía al encuentro de pasados más profundos.

Estábamos en eso cuando Violeta Berríos miró inesperadamente a la cámara, emocionada, y exclamó un leve y grandioso relato que unía a ambas búsquedas de dos pasados diferentes y vinculantes, desde la luz a los desaparecidos: "Ojalá los telescopios no miraran solo al cielo, sino que también traspasaran la tierra para poderlos ubicar... barrer la pampa con los telescopios, hacia abajo".

¿Cómo aplicar las técnicas arqueológicas sin desprenderse de las emociones ante tanta criminalidad probada en Calama? La ciencia tiene aquí un límite solo posible de salvar desde el compartir plenamente nuestras posturas antifascistas, desde esas otras fosas recurrentes en la Europa hitleriana. Nos miramos los tres largamente en silencio. En esas palabras estaba el ideario de Patricio que aspiraba a integrar astronomía, documentalismo, historia, arqueología, el paisaje, las preguntas y los testimonios vivos. Allí estaba Patricio dialogando con el lugar, con las familias

involucradas, con los relatos escondidos en este mismo desierto que durante los últimos trece mil años no había sido testigo de actos tan inhumanos.

Por mi oficio debí aprender a excavar para reconstituir sociedades de todos los tiempos. Pero a nuestra generación nunca le enseñaron cómo comportarse emocionalmente cuando se excavan fosas con seres inmolados por sus idearios. En este caso acompañé a Patricio desde la poesía oral y visual, desde la inclusión social de los relatos, la sensibilidad de su cámara, y su sólida postura anti dictadura, con imágenes mixturadas que buscaban mensajes universales. Desde nuestras disciplinas podíamos compartir la valoración del desierto como un espacio pleno de ausencias, de tanta soledad amiga de la meditación que estimulaba en esos días “abrir la puerta del pasado” y por lo tanto un lugar ideal para reconstruir memorias ocultas.

Fue en ese contexto donde encontré un nexo irrenunciable con su documental. Esto es el descubrimiento pleno que nos unía con las ciencias sociales cuando expuso, dicho en sus propias palabras: “los que tienen memoria son capaces de vivir en el frágil tiempo presente, los que no la tienen no viven en ninguna parte”. Este énfasis en “excavar” las memorias y los hechos sociales de todos los tiempos, desde los primeros humanos a hoy, es la esencia de las estrategias arqueológicas para sostener esta larga historia, para traer al presente episodios que merecen ser remarcados y difundidos.

P.A.: Entre su trabajo dedicado a revelar la vida de los grupos humanos del desierto en tiempos prehispanicos, y este otro abocado a llegar a la verdad de las muertes criminales de la Dictadura, hay una gesta de la que también se ha ocupado de dar cuenta, por ejemplo, en el libro dedicado a su amigo el geógrafo Freddy Taberna (Núñez, 2015), me refiero a ese trabajo en que se embarcaron -en los sesentas y comienzo de los setentas- un grupo de científicos sociales para analizar el rol de la sociedad andina en el tránsito al socialismo.

L.N.: Al inicio de los setenta los(as) arqueólogos(as) que ejercíamos en el Programa de Arqueología y Museos de la Universidad de Chile, Zona Norte, advertíamos que nuestro quehacer ameritaba relacionarse con las ciencias sociales, con una mirada más amplia interdisciplinaria para acercarnos a un tema que permanecía al margen tanto del Estado como de las universidades regionales: la sociedad andina. En nuestros recorridos arqueológicos observábamos a comunidades de tarapaqueños, aymaras, atacameños, quechuas, changos y aun afrodescendientes, hoy reconocidos como pueblos originarios, aislados en sus tierras, marginados y desprotegidos, sin voces externas que los defendieran de tanta marginalidad asociada a un cierto desprecio por sus orígenes. Ellos eran, y son, segmentos de un mundo andino-costero, distribuido en varios países vecinos, que permanecían sin conexiones, con escasos acercamientos académicos, y que obviamente provenían de un universo prehispanico y colonial. Fue entonces que decidimos organizar aquello que llamamos: “Primer Congreso del Hombre Andino” desde la sede de Antofagasta de la Universidad de Chile, integrando a los colegas de las sedes de Iquique y Arica. Efectivamente, así sucedió de un modo itinerante realizado en junio del año 1973. Eran tiempos de cambios y apertura hacia el conocimiento de la sociedad desde un prisma más inclusivo. Ya en julio del año 1972 se había celebrado en Santiago el Primer Congreso Nacional de Científicos, con una activa comisión de Ciencias Humanas liderada por el arqueólogo Julio Montané, al interior de un evento amplio y participativo organizado por CONICET. Allí comenzamos a difundir la situación étnica

que observamos en las dos regiones más desérticas del país y la necesidad de crear una instancia de reflexión, análisis y debate.

Un conjunto de publicaciones preparativas permitió difundir la naturaleza de este Congreso Andino, bajo la expectativa de estimular ponencias académicas y el surgimiento de los primeros líderes andinos locales. Partimos en la sede Arica de la Universidad de Chile con un discurso del doctor Alejandro Lipschutz (el que envió grabado a causa de su enfermedad), bajo un título esclarecedor: "El futuro próximo de los pueblos indígenas: algunos problemas fundamentales". Lo habíamos conocido en su casa de la calle Hamburgo (Santiago) cuando éramos estudiantes de historia... recuerdo que, con un mapa, nos explicaba el proceso de la descolonización africana.

Junto a los colegas del Programa, y escuchando consejos que venían de las sedes vecinas y países limítrofes, propusimos varios simposios que daban cuenta de la variedad de temas que nos inquietaban, que venían tanto de los pueblos andinos contemporáneos como desde la arqueología: "Migración y crisis en la sociedad andina", "Verticalidad y colonización andina pre-europea", "Problemas básicos del estudio del folklore andino", "El rol de la sociedad andina en el tránsito al socialismo", "La artesanía como estímulo al desarrollo andino", "Bases para la planificación del desarrollo de la sociedad andina en el norte de Chile", "Problemas básicos de caza-recolección: trashumancia", "Problemas básicos del estudio de la sociedad andina pre-europea", "La revolución campesina y el proceso de agriculturación", "Realidad y diagnóstico para una nueva orientación de los estudios antropológicos-arqueológicos en el área andina". Recuerdo con sumo afecto a aquellos(as) académicos(as) que se encargaron de conducir estos simposios: Viola Muñoz, John Murra, Julia Fortun, Oreste Plath, Jorge Alfaro, Patricio Moreno, Patricio Núñez, Thomas Lynch, Virgilio Schiappacasse, Hans Niemeyer, Luis Guillermo Lumbreras, Rodrigo Montoya, el suscrito y su amigo Freddy Taberna.

Recuerdo también con especial afecto aquella reunión previa cuando, con la comisión organizadora del Congreso, invitamos a Freddy a puntar cómo advertía el tránsito de la sociedad andina durante los eventuales cambios socialistas. Así surgió la propuesta del simposio a su cargo: "El rol de la sociedad andina en el tránsito al socialismo", publicada con los otros simposios en la serie Documentos de Trabajo, N°4, del programa ya referido.

Con todo listo, ya en Arica, nos sorprendieron con los primeros grupos de música y bailes andinos bajados desde las tierras altas, mientras que los debates se sucedían después de un profundo y masivo silencio ante el discurso inaugural del profesor Lipschutz. Desde allí a Iquique, en medio de un cuadro medio surrealista al trasladarnos en una flota de buses colmados de ciencias verdaderamente humanas por el medio del desierto, para terminar en Antofagasta. Aquí, al final de las ponencias y de las conclusiones del Congreso, justo el 29 de junio de 1973, ocurrió el llamado "Tancazo", el alzamiento militar que intentó prematuramente la toma de La Moneda, anunciándose claramente que el golpe militar venía. Dos meses después se implantaba la Dictadura, se intervenían las universidades, se cierra la Universidad de Chile, Zona Norte, y tras salvar la documentación del Congreso, se logró a lo menos conservar los documentos de trabajo elaborados hasta ese instante.

Manteníamos con Freddy Taberna una mistad que provenía del mismo barrio El Morro de Iquique, y seguí de cerca sus estudios en el Departamento de Geografía de la Universidad de Chile, y su propia tesis "Los Andes y el altiplano tarapaqueño", donde acogió la problemática aymara

retomada en publicaciones posteriores. Estaba marcado por las materias andinas, al punto que logramos inicialmente que se creara el programa de Desarrollo Andino por la Municipalidad de Iquique. De esos momentos surgió aquel inspirador artículo sobre Isluga y su condición de pueblo sagrado. Después se integró a la docencia universitaria en la sede Iquique de la Universidad de Chile, labor que desarrolló junto a cargos estatales orientados a la planificación regional, sin dejar de lado su participación activa en las causas sociales y políticas que abrazaba.

Trasformado en un líder socialista genuino, con discursos que nacían de sus recorridos y largas conversaciones con aquellos que vivían junto a los recursos del mar, de los valles y del altiplano, mantenía así esa bella mezcla entre una geografía social y la búsqueda de políticas orientadas a destrabar tanta desigualdad y marginalidad. Lo hacía desde su propia formación familiar y académica, dado que descendía de familias de pescadores que se combinó con su histórico rol político en los inolvidables debates de nuestro Pedagógico de la Universidad de Chile, en Macul, con un discurso no sólo antifascista, sino además de recta práctica política, denunciando la corrupción local detectada en Iquique ligada al narco. Todo esto, en particular lo último, explica que fuera una presa elegida luego del Golpe, dada la revelación de esta red de corrupción y la crueldad compartida entre los generales Contreras, Arellano y Forestier. Con su esposa Ginny detenida y amenazada de muerte, finalmente Freddy se entrega y es trasladado al campo de prisioneros de Pisagua, donde se realizaron montajes de juicios verdaderamente perversos. Según testigos enfrentó al pelotón de fusileros exigiendo que le sacaran la venda de los ojos.

Ya en los noventa, cuando se descubre la fosa de Pisagua, Olaf Olmos, un arqueólogo también iquiqueño, me llama para indicarme in situ que su cuerpo no estaba en la fosa. Sondeamos y lo buscamos hasta probar, con evidencias irrefutables, que fue lanzado al mar con peso agregado con cemento, junto a sus compañeros abatidos ese día. Creo que ahora es oportuno entender mejor la persistente paradoja, ya indicada, de los(as) arqueólogos(as): nos enseñaron a excavar, pero nunca nos imaginamos que deberíamos registrar “evidencias” de seres contemporáneos masacrados por sus ideales a cargo de aquellos civiles y militares que sustentaron la dictadura. En este caso a uno de mis mejores amigos. Además de los informes formales pertinentes me propuse relatar su vida ejemplar en un libro -que tu ya has citado- destinado a no olvidarlo: *Avísale Freddy, la historia de un hombre y sus razones (1943-1973)*. Algún día se publicará un libro amplio y detallado sobre el importante aporte de arqueólogos(as), bioantropólogos(as) y otros científicos, en el desocultamiento de estos crímenes a lo largo del país.

P.A.: *¿Cuál es su visión y valoración de los actuales estudios sobre el mundo andino y del desierto?*

L.N.: La apertura democrática incrementó el fortalecimiento de las Ciencias Sociales y Antropológicas en las universidades locales ubicadas junto los territorios aymara y atacameño (Licantay), cuyas historias contemporáneas eran prácticamente desconocidas. En la actualidad tanto la Universidad de Tarapacá, en Arica, como la Universidad Católica del Norte, en San Pedro de Atacama, mantienen el primer Doctorado en Antropología acreditado y han innovado sus propuestas museológicas y analíticas provenientes de investigaciones arqueológicas y antropológicas derivadas de sus pioneros locales, ampliándose ahora considerablemente con arqueólogos(as) y antropólogos(as) que llevan allí varias décadas.

En Arica el Departamento de Antropología, orientado a la investigación antropológica social, bioantropológica y arqueológica, se reorientó desde los pisos andinos al litoral. Aquí, desde la obra pionera de Marvin Allison se han logrado investigaciones trascendentes con Bernardo Arriaza y Vivien Standen. Al tanto que la especialización sobre ciertos proyectos interdisciplinarios paleobiológicos con Francisco Rothhammer y otros dedicados a tempranas ocupaciones y variaciones paleoambientales se ha centrado en el reciente Instituto de Alta Investigación liderado por Calogero Santoro.

Junto a las investigaciones orientadas a las sociedad prehispánica y colonial, desde las sedes de Arica e Iquique la Universidad de Tarapacá, se han incrementado los estudios andinos desde la antropología social, etnohistoria, educación, patrimonio, conservación, sumado a la productividad agropecuaria, historias y modos de vidas, medicina, artesanías y problemas de género, entre otros. Aportes en curso que provienen de iniciativas pioneras, como los de José Bengoa y sus recorridos estimulantes por el norte tras la problemática étnica, además del esfuerzo local y sistemático de Hans Gunderman, Héctor Gonzalez, María Inés Arratia, Ana María Carrasco, Viviana Gavilán, Javier Alvarez y del liderazgo genuino del arqueólogo Ivan Muñoz y otros. Se debe a la presencia del etnohistoriador Jorge Hidalgo el inicio de una larga tradición en estas investigaciones sobre la vida indígena en general, incluyendo aymaras y atacameños durante el régimen colonial, seguido de un círculo de colegas de la Universidad de Chile, representados por José Luis Martínez Cereceda, cuyos progenitores, Gabriel y Verónica, ya antes habían marcados rumbos inolvidables con sus estudios etnográficos pioneros, conviviendo entre las propias comunidades aymaras tarapaqueñas.

Paralelamente se estructuró en Arica el Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas, con su ya tradicional revista académica *Dialogo Andino*, tras la fecunda obra pionera y vigente de Luis Galdames, que logró integrar un colectivo que aborda temas locales y andinos con una base histórica y antropológica, de donde surgen nuevos investigadores representados en Alberto Díaz, quienes han tratado temas etnohistóricos, etnográficos, territoriales, de religiosidad popular, comunidades afrodescendientes y otros temas que integran la temática aymara. De hecho, quienes abordan las problemáticas vallesteras y altiplánicas cuentan, en la Universidad de Tarapacá, con la única biblioteca andina, creada por Juan Van Kessel, instalada ahora junto al Museo de Azapa.

Investigaciones sustentadas en Ciencias Sociales, expandidas recientemente a la sede Iquique de la Universidad de Tarapacá, se están ampliando gracias a la larga y fructífera labor de Sergio Gonzalez (Premio Nacional de Historia 2014), autor de numerosas obras sobre la historia regional con las visiones de sus propios protagonistas, quien junto a sus asociados están ampliando las miradas hacia las historias étnicas y sus relaciones con la "otra" historia: la portuaria y extractiva de las tierras bajas, incluyendo los procesos migratorios. Es importante estimular el rol de los historiadores al interior de la problemática andina, tal como lo ha abordado desde el recurso agua Luis Castro, y de problemáticas aun ausentes como aquellas que surgen de la acción de las compañías mineras contemporáneas.

Desde la Universidad de Antofagasta el Instituto de Antropología publica en su revista *Hombre y Desierto* diversos tópicos atacameños. Hemos leído importantes estudios de Domingo Gómez sobre relatos étnicos, literatura tradicional, educación y cultura, además de otros temas andinos desde los aportes de Roberto Lehnert y Alejandro Bustos, a lo que se suman colecciones arqueológicas.

lógicas recibidas durante el cierre obligado de la sede Antofagasta de la Universidad de Chile (Programa de Arqueología y Museos).

De las investigaciones pioneras de los historiadores de la Universidad Católica del Norte, tales como Oscar Bermúdez, Jose M. Casassas y Bente Bittmann, se transfirieron temáticas que fueron perfeccionadas por José Antonio González, quien ha tocado temas andinos desde su amplio y afiatado marco de intereses históricos regionales.

También debe incluirse el laboratorio de arqueología y el museo dependientes de la Corporación Cultural Municipal de Calama, que realizan labores de conservación e investigación del patrimonio cultural prehispánico, natural y que posteriormente han motivado estudios debidamente publicados con activas conexiones con las comunidades locales.

En San Pedro de Atacama, junto a la herencia pionera de Gustavo Le Paige, logramos fundar el Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, para seguir valorando las colecciones con el apoyo de Jimena Cruz y Manuel A. Torres, esta vez con un incremento sustancial de las investigaciones arqueológicas bajo una amplia cobertura interdisciplinaria, lo que ha implicado publicaciones innovadoras y fuertes vínculos con las comunidades atacameñas. Los roles de Valentina Figueroa y Fernanda Kalazich en este sentido son importantes, sumado al análisis de colecciones de Helena Horta.

Ocurrió que durante el transito a la democratización de las universidades realizamos aquí algunos intentos por actualizar y valorar los estudios y encuentros interandinos. Efectivamente, en el año 1996 inauguramos el coloquio: "Cinco siglos después: la integración surandina", en donde se trató de reflexionar entre colegas de países vecinos sobre la integración precolombina, señoríos étnicos, espacio colonial y formación de los estados nacionales y programas de desarrollo. Su publicación fue muy estimulante para ordenar nuestro programa institucional. La presencia de líderes étnicos aymaras y atacameños en los debates fue una señal derivada de la apertura democrática.

Ciertamente que las actuales expectativas de las comunidades andinas podrían ver luz en la medida que nuestras universidades acojan sus inquietudes. Ciertamente, en tiempos en que las etnias andinas aspiran a manejar y valorar sus territorios y los patrimonios culturales asociados, desde sus propias expectativas, es altamente relevante ver que ahora se consolidan líderes étnicos, como también profesionales universitarios atacameños y aymaras que, desde sus comunidades, convocan a crear instancias de debate y acciones en términos de compartir estrategias de etno-desarrollo y valoración cultural bajo una perspectiva científica, ética y étnica. Hago un reconocimiento a los actuales líderes atacameños de Toconao, Socaire, Peine y San Pedro de Atacama y también a todos aquellos con quienes hemos interactuado desde Peine hasta el Loa superior. Por todo lo anterior el rol del antropólogo Hans Gundermann fue y es clave para el crecimiento de estos análisis a través de colegas más recientemente incorporados que incluyen a Alejandro Garcés, Marina Weinberg y al actual Director Carlos Chiappe.

Si se me permite citar un medio para entender la evolución cuantitativa de los estudios sobre la problemática andina, pueden revisarse las revistas *Chungara* (UTA) y *Estudios Atacameños* (UCN). Se puede observar allí una mayor frecuencia de temas sobre arqueología, por su carácter fundacional, pero le siguen los aportes sobre bioantropología (antropología física), mientras que

las publicaciones sobre etnohistoria e historias andinas se consolidan más tardíamente, seguidos de artículos sobre antropología sociocultural, disminuidos por el efecto dictadura. Sin embargo, observamos un incremento posterior paralelo a los aportes etnohistóricos, aunque los aportes etnográficos siguen siendo deficitarios.

He dejado al final un hecho muy propio de este universo desértico-andino. Es que sus minas de plata coloniales y el posterior auge salitrero-portuario del siglo XIX generó la atracción de cronistas, viajeros e investigadores europeos que lo describieron con detalle. Se sumaron los conflictos fronterizos y una nutrida convocatoria salitrera no exenta de dramáticas tensiones que dieron lugar a una nutrida bibliografía sustentada en valiosos enfoques históricos. En verdad, es claro que no todo lo publicado siempre se ha relacionado con la problemática andina, aunque las disciplinas sociales involucradas lo han incluido desde el pasado prehispánico al presente, dada las favorables fuentes del desierto de Atacama y el momento pleno de las actuales reivindicaciones étnicas. El desafío no es menor si aceptamos que estas comunidades originarias han estado aquí desde hace unos 13.000 años antes de nosotros.

Referencias

UNIVERSIDAD CATOLICA DEL NORTE, Lautaro Núñez Atencio. Mis publicaciones. [<https://sites.google.com/a/academicos.ucn.cl/lunuez/Home/mis-publicaciones>]. (Consultado el 15-02-2021)

GUZMÁN, P. Nostalgia de la luz. Chile/Francia/Alemania: Blinker Filmproduktion / WDR / Cronomedía / Atacama Productions, 2010.

NÚÑEZ, L. Avisale Freddy. Historia de un hombre y sus razones, 1943-1973. Santiago: LOM Ediciones / Colegio de Antropólogos de Chile, 2015.

